

## EL SISTEMA DE PARTIDOS EN ESPAÑA TRAS LAS ELECCIONES DE 1989

Por MANUEL RAMIREZ

Tras dedicar algún trabajo al estudio del sistema de partidos durante la Segunda República, venimos analizando, una vez instaurada nuestra actual democracia, la evolución de dicho sistema tras cada consulta electoral. Precisamente hace algo más de un año publicábamos en esta misma Revista un artículo titulado «El sistema de partidos en España, 1977-1987 (Un intento de recapitulación sobre diez años de partidos)». En dicho artículo (*REP*, núm. 59, Nueva Epoca, enero-marzo 1988) ensayamos una visión de conjunto que partía del siguiente supuesto. En España, desde 1977 hasta después de los comicios de 1986, se habían producido dos elecciones de ruptura (1977 y 1982) y otras dos de continuidad (1979 y 1986). En 1977 se rompía con un pasado de partido único seguido de un rápido proceso de atomización en el sistema de partidos, originando una situación en la que el partido a la sazón triunfador no tenía la mayoría necesaria para gobernar en solitario. Ello se repetía en 1979. Por el contrario, en 1982, el sistema conocía el espectacular ascenso de un partido (PSOE), que domina plenamente el Parlamento, sin ninguna necesidad de pactos. Y algo similar, a pesar de la pérdida de votos que el PSOE comienza a sufrir ya, ocurría en 1986. Esto nos permitió en aquella ocasión distinguir un quinquenio ucedista (1977-1982) y otro socialista (1982-1987). A la postre, una distinción válida para captar el conjunto de un decenio de nuestro sistema de partidos, cuyas características allí desmenuzamos.

Si ahora partimos de otro supuesto que nos parece evidente, y es el que las elecciones generales de 1989, en las que se ha vuelto a producir un holgado triunfo del PSOE, son también elecciones de continuidad, tenemos recorrido gran parte de nuestro camino. Las reflexiones que hoy ofrecemos parten de esa premisa. Veremos las modificaciones parciales que en las elec-

ciones de 1989 se han producido y el alcance de las mismas. Pero, afirmando de entrada la línea continuista en su conjunto, nos ahorramos repetir mucho de lo expuesto hace tan poco tiempo. Como, por lo demás, los análisis sobre nuestro sistema de partidos no han podido avanzar tanto ni tan significativamente desde hace un año, ahorraremos al lector insistir en obras y autores ya conocidos.

Valgan estas líneas como una suerte de compromiso personal. Como una autoexigencia de, tras cada una de las elecciones generales, tomar el pulso a la situación. Destacando las novedades y dando por conocido cuanto no ha cambiado. Lo que aquí sigue viene a ser continuación del intento de recapitulación citado, al que remitimos al lector para evitar repeticiones.

\* \* \*

¿Por qué hablamos de nuevas elecciones de continuidad al referirnos a las celebradas el pasado 29 de octubre?

Sencillamente, el sistema y su modelo no han experimentado una modificación sustancial. Por utilizar una trillada afirmación, ha habido algunos cambios en el sistema, pero no ha cambiado el sistema. El Partido Socialista Obrero Español ha vuelto a obtener una amplia mayoría de votos y escaños. Desde las anteriores elecciones, una nueva y sensible pérdida de votos (sobre lo que volveremos más adelante) no le priva de la situación de partido con amplia hegemonía en el espectro electoral y, por ende, en el hemisferio. El PSOE ha vuelto a ser el gran triunfador en estos comicios, y ello comporta que la línea de continuidad permanezca.

A mayor abundamiento, el diseño que configura el modelo de pluripartidismo limitado que desde 1977 venimos defendiendo como el adecuado para definir nuestro sistema, frente a quienes pronto hablaron de bipartidismo perfecto o imperfecto, no sólo sigue siendo válido. Entendemos que hay más. Que tras las últimas elecciones se ha reforzado. Recordemos, siguiendo la definición de Sartori, que estábamos y estamos en una situación en que tres, cuatro o cinco partidos son protagonistas y «cuentan» en la escena política. Bien porque asumen papeles de gobierno u oposición, bien porque hay que «tenerlos en cuenta» como partidos bisagra a la hora de establecer pactos que ayuden a la gobernabilidad o, por contra, que motiven el triunfo de la oposición. Así ha vuelto a ocurrir el 29 de octubre de 1989. A la caída del CDS acompaña el incremento de la coalición Izquierda Unida. Y, como antaño, la permanencia de dos partidos regionales (CiU y PNV) como fuerzas que se han mantenido y que pueden desempeñar el bisagrismo. Más adelante ha-

blaremos de lo específico de los cambios habidos. Ahora nos importaba únicamente señalar que la definición de pluripartidismo limitado, no polarizado y con un juego político que descansa sobre dos ejes (centro-derecha y centro-izquierda), acusa tras las últimas elecciones un mayor respaldo.

Elecciones de continuidad, en suma, y elecciones que confirman, una vez más, el modelo anteriormente defendido. Dos puntos de partida para ahora avanzar en el análisis.

\* \* \*

Sentados los dos supuestos anteriores, ¿qué sería conveniente resaltar a la vista de los últimos resultados electorales? Con pretensión de síntesis, lo más destacable, a nuestro parecer, sería lo siguiente:

1.º Un paso más, y muy digno de ser tenido en cuenta (sobre todo, pensando en lo reciente de las previas elecciones al Parlamento Europeo), en el camino de la consolidación del sistema. Consolidación del sistema participativo a través de los partidos (el especialmente querido y mimado por nuestra Constitución vigente) y, por ende, consolidación del sistema democrático. Un índice de participación en torno al 70 por 100 (similar a las anteriores legislativas y un poco por debajo del 80 por 100 que en 1982 llevaron al PSOE al gobierno) es algo que permite hablar perfectamente de dicha consolidación.

Como ya hemos apuntado en anteriores ocasiones, un régimen democrático largamente asentado puede funcionar (y de hecho así ocurre a nivel comparado) con porcentajes de participación electoral significativamente menores. Incluso, como se ha señalado por algunos autores, parece conveniente, en general, algún grado de abstención que refleje cierto desapasionamiento político, cierto nivel de despolitización. Los regímenes citados pueden caminar asumiendo ese hecho, no siempre disfuncional. Pensamos que, en un futuro democrático español, llegaría a ser incluso positivo para y entre nosotros, con un pasado histórico tan dado a convertir las legítimas competencias políticas en enfrentamientos personales o sociales.

Pero, de momento, pensamos que todavía conviene que una notable mayoría ejercite las reglas del juego democrático. Que de vez en vez se hagan profesiones de creencia en el sistema. La alta participación adquiere, por esta vía, el sentido de permanente o periódico respaldo legitimador del sistema. Y ello es beneficioso incluso si se avienen a defender sus intereses mediante el camino de las elecciones quienes, nos consta, son, en el fondo de su ideología, personas o grupos claramente anti-sistema. A la postre, la mera existencia de un partido político, como cauce aceptado de participación, supone

ya de por sí un cierto grado de aceptación del sistema. En 1989, por lo demás, el fracaso de algún sector dudosamente pro-sistema y la no concurrencia de otras fuerzas que antaño denunciaban la misma validez del sistema de democracia pluralista son hechos a no olvidar. Posiblemente, en política es sumamente peligroso dejar perder una ocasión y resulta muy difícil la reaparición en el futuro.

2.º Por tercera vez consecutiva, el Partido Socialista Obrero Español triunfa en las elecciones, y con holgada mayoría. Estamos de nuevo ante el partido llamado a asumir el gobierno de la nación. El número de escaños obtenidos cubre la mitad del hemicycle del Congreso, repartiéndose la otra mitad, en desigual proporción, claro está, las otras doce fuerzas que logran puestos de diputados. Era una de las notas en que antes basábamos la definición de continuidad.

Hay, sin embargo, tres apuntes a señalar, que resultan de interés. En primer lugar, el descenso de votos del PSOE, iniciado en 1986, ha progresado. Un 44,36 por 100 de los votos en 1986, frente a sólo un 39,55 por 100 en 1989. En torno a 800.000 votos de pérdida. Como, a la hora de depositar el voto, no se explicitan también las razones, la interpretación de este nuevo descenso permite diversas respuestas. Y entiendo que lo más probable es que haya que hablar de distintas pero sumadas razones. Por delante tiene que ir, a fuer de ser objetivos, el lógico desgaste que acompaña a toda tarea de gobierno, sobre todo si éste se asume desde 1982. Por retomar la clásica afirmación, permitiéndoseme el añadido, el poder no sólo corrompe, sino que, igualmente, gasta, deteriora, por su simple ejercicio, dado que, en todo ejercicio caben señalar zonas de luz y zonas de sombra. Algo similar ocurre, incluso, en el ejercicio de otra tarea que, sin ser gobierno, también es poder: la tarea de la oposición. A ello hay que añadir, creo que muy inmediatamente, un hecho realmente nuevo en estas últimas elecciones. Y es que, por primera vez, el PSOE no ha contado en bloque con el conjunto de los votos de la UGT, su sindicato hermano tradicionalmente y ahora mal avenido. Los conflictos entre partido y sindicato han tenido su lógica repercusión. La UGT no sólo no ha pedido el voto para el PSOE, sino que (y ello es evidente, se confiese o no) lo ha orientado hacia Izquierda Unida. Las distintas y aun opuestas visiones de la política económica, claramente explicitadas en las concentraciones del 14 de diciembre de 1988, han tenido su eco a la hora de votar. Como no queremos valorar, no entramos en cuál de las dos partes posee mayor cuota de verdad (la verdad absoluta no existe en democracia). Lo que sí está claro es que ha sido un factor de pérdida de votos. En el aire queda el dilema de a quién va a perjudicar más a la larga esta disociación y qué suerte le espera a la Unión General de Trabajadores a partir de este

instante. Como mera intuición, tengo para mí que las cosas no le van a resultar demasiado fáciles. Pero profundizar en el por qué nos llevaría muy lejos y no es ésta la ocasión.

En segundo lugar, un altísimo porcentaje de pérdida de votos, sobre el 80 por 100, se sitúa en grandes ciudades: Madrid, Barcelona, Valencia, Cádiz, Sevilla, Bilbao, Oviedo, Alicante y Zaragoza. Algunos de estos centros urbanos eran, hasta ahora, de clara ventaja socialista. También aquí las razones pueden ser varias. Y no creo que entre ellas se encuentre la por algunos comentaristas aludida de «errores de gestión». Pienso que, en líneas generales, la política municipal del PSOE en las citadas ciudades no ha constituido un factor negativo. Lo que ocurre es que no se trataba de juzgar, a través de este voto, dicha política. Las miras del electorado se han puesto en extremos bien diferentes. Por otra parte, a pesar de estas pérdidas, han aparecido de nuevo ciertas imágenes de continuidad de voto, ciertas zonas de estabilidad en la orientación del voto. El hecho viene necesitado de la oportuna espera de próximos comicios autonómicos y municipales, en los que, a no dudarlo, el PSOE tendrá las cosas mucho más difíciles. Sobre todo en Madrid y Barcelona.

Y en tercer lugar, la pérdida de escaños en el Parlamento, lo que sí es evidente que conlleva es la necesidad de un nuevo estilo de gobernar. Pienso que no son pocos los casos en que, aun sintiéndose ideológicamente identificado con el PSOE, se ha dado el voto a alguna otra fuerza política (sobre todo a Izquierda Unida), como esperanza de que ello sirva de correctivo a actitudes gubernamentales en las que poco o nulo interés se ha prestado a los sectores afectados. El ejemplo de cómo se elaboró y aprobó la LRU puede servir como expresivo de lo que queremos decir. ¿Era posible esperar continuos apoyos de los sectores sanitarios o universitarios? Las asignaturas pendientes o mal resueltas han recibido la cosecha previsible. En este sentido, es de esperar que en Congreso y Senado, a partir de ahora, se impongan nuevas formas, se busquen consensos, se contrasten opiniones, se oigan las legítimas voces de los intereses afectados. La pérdida sufrida por el PSOE y el incremento de otras fuerzas políticas así lo acabarán exigiendo. En la forma de Estado social y democrático definida en nuestra Constitución y en la experiencia de otras democracias pluralistas, mucho más consolidadas que la nuestra, hace tiempo que, como recordara entre nosotros García Pelayo (*Las transformaciones del Estado contemporáneo*), el consenso de los afectados resulta un presupuesto insoslayable para el sosiego de la sociedad civil. A medida que, por mor del pluralismo, ésta va creciendo, tomando fuerza en nuestro país, el eco de sus demandas ha de sonar con más fuerza y debe ser especialmente tenida en cuenta a la hora de tomar decisiones políticas.

Lo contrario no sólo empobrece a la democracia establecida, sino que acaba por asestar un duro golpe al Parlamento. Y esto es sumamente grave. Cuando la calle es el último recurso para protestar o demandar es que las cosas no funcionan. Y comienzan a hacer su aparición tanto los anarquismos ideológicamente definidos (a los que siempre se ha sido tan propicio en este país) cuanto los pseudoanarquismos fascistoides. No se olvide que, en estos últimos, siempre se ha comenzado por poner en cuestión el papel del Parlamento. Urge, aquí y ahora, reverdecer la creencia en la institución y fortalecer su imagen de principal foro para canalizar el pulso del tejido social, por conflictivo que éste pueda presentarse en un momento dado.

3.º Tras las últimas elecciones, el Partido Popular ha evidenciado su situación de alternativa. Ha crecido ligeramente en votos y ha obtenido un escaño más en el Congreso y hasta 17 en el Senado. Este hecho también debe merecer alguna consideración.

Ante todo se ha reforzado no solamente un techo electoral que parecía en declive, sino que, lo que resulta más importante desde el punto de vista del modelo de pluripartidismo limitado que venimos sosteniendo, también se ha ratificado el segundo eje (centro-derecha) sobre el que el sistema viene descansando. Repitémoslo una vez más, aun a riesgo de agobio para el lector: sin que, en ningún caso, quepa hablar de bipartidismo. Guste o no, la alternancia parece tener aquí su cobijo sociológico y electoral.

Vistos los resultados electorales, hay que reconocer, por lo demás, que la misma creación del Partido Popular, con las refundiciones que supuso, y que ahora se han traducido en acumulación de votos (democristianos de Alzaga o liberales de Segurado), ha constituido un éxito. Si con ello estamos ante el comienzo de algo que en otras ocasiones hemos sostenido como urgente, es decir, la clara configuración de una derecha moderna, no nostálgica del inmediato pasado y bien aglutinada, el sistema, en su conjunto, se fortalece.

Aún es pronto para conceder el justo valor que en este evento haya podido tener el cambio de liderazgo. Habrá que esperar futuros comicios regionales y generales. Y habrá que esperar, sobre todo, dos circunstancias: el papel de ese nuevo liderazgo en la tarea de oposición por un lado y su propia consolidación con una cierta estabilidad. Son dos incógnitas importantes en los momentos de redactar estas líneas. ¿Se ha puesto de verdad fin al trasiego de personajes al frente de esta fuerza (se llamara como se llamara en el pasado) y el sucesivo desgaste de los mismos? ¿Se ha acertado, en la posterior remodelación de cuadros y funciones habidas en el Partido Popular, a la hora de encargar el papel de portavoces de la alternativa? ¿Se hará otro tipo de oposición, al igual que parece inevitable hacer otro tipo de gobierno? De estas preguntas todavía sin respuesta depende que la obra esté consuma-

da o, por contra, que pronto haya que volver a poner los cimientos. Las pasadas experiencias llevarían al pesimismo. El nacimiento de un nuevo líder y los resultados obtenidos tenderían al optimismo. Por supuesto que sin valoraciones ideológicas previas de quien esto escribe y con la atención y el interés puestos exclusivamente en la paulatina estabilidad del sistema de partidos. Factor nada despreciable por aquello de la correspondiente estabilidad del sistema político. Del sistema democrático.

4.º Como señalábamos anteriormente, «las reglas» del pluripartidismo limitado han vuelto a repetirse. Es decir, en el cupo de «partidos que cuentan», al auge de alguno de ellos ha seguido la crisis de otro. El espectro político, de esta forma, sigue presentando la idónea fluidez del pluripartidismo limitado, y en el juego parlamentario seguimos encontrando cuatro o cinco fuerzas que protagonizan papeles de gobierno, oposición o bisagrismo políticos. Según apuntábamos, al auge de Izquierda Unida acompaña la crisis del CDS.

Dejemos para más adelante lo que esto pueda suponer (y es mera posibilidad) en la orientación de la política parlamentaria. Quedémonos únicamente con la idea de la continuidad del modelo. El paulatino asentamiento de este pluripartidismo limitado va adquiriendo ya, en nuestro sistema democrático, visos de continuidad. Sin duda porque la realidad española está más cerca del modelo europeo al uso que del bipartidismo anglosajón. Nuestro espectro social nada tiene que ver con ese bipartidismo, cuyos requisitos hemos estudiado en anteriores trabajos y aquí ahorramos. Y dejemos una vez más constancia que este modelo no impide que, en su conjunto, la sociedad y su sistema de partidos descansen entre los dos ejes de centro-derecha y centro-izquierda, que, igualmente, venimos defendiendo desde hace años. Esto es posible con más de dos partidos, sencillamente porque las mismas fuerzas políticas adaptan sus demandas y políticas concretas a lo que parece ser orientación cada vez más consolidada del electorado. Sin que ello impida, por supuesto, deseos, en un lado y en otro de ambos ejes, de acentuar giros más definidos. A nuestro entender, el mismo partido que repite la obtención de la mayoría, el PSOE, hace tiempo que acopló su ideario inicial a las posibilidades reales y a las necesidades concretas del diario acontecer. Esto puede sonar a «muy canovista», pero así es. Y así suele ser en política, sobre todo cuando se asume por tiempo la responsabilidad del gobierno y se desea permanecer en él.

5.º Sin duda alguna, el incremento de votos y escaños de Izquierda Unida va a tener una importante referencia en la función controladora del Gobierno. En Comisiones y en el hemiciclo. De aquí la aludida pretensión del «giro a la izquierda» que algunos han predicado. Creo, sin embargo, que

es muy probable que dicho giro se quede en aspiración de esta coalición. Barrunto que, sustancialmente, poco afectará a la orientación general de la política que vaya a llevar a cabo el partido en el poder. Piénsese que éste cuenta con un amplio abanico de fuerzas con las que formalizar pactos concretos para aprobar sus proyectos, y que entre ellas abundan las que no son precisamente de izquierda. Hay que suponer que, puestos a negociar, el PSOE preferirá hacerlo con los partidos regionales (PNV y CiU) antes que con Izquierda Unida.

Ocurre, además, que Izquierda Unida es sólo una coalición. Y una coalición, globalmente entendida, difícilmente puede convertirse en alternativa con serias posibilidades de derribar y sustituir gobiernos de partidos claramente definidos como tales. Desde un punto de vista puramente científico (no entro en valoraciones ideológicas), resulta más estable la alternancia entre partidos concretos que los cambios entre coaliciones. A efectos de estabilidad gubernamental, ahí está el ejemplo italiano. Insisto (porque intencionadamente suele confundirse) en lo de estabilidad gubernamental, algo bien diferente a la estabilidad del sistema. Lo que ocurre es que, o mucho me equivoco, o, entre nosotros, la inestabilidad gubernamental puede y suele verse como lo segundo. Todavía, por aquello de la juventud de nuestra democracia, cabe el peligro de identificar debilidad, torpeza o incluso caos o desgobierno gubernamental (y perdón por lo chocante de la expresión) con crisis del sistema. No sería el primer caso en nuestra densa historia política, por otra parte.

Por todo ello, en principio, hubiera sido preferible comprobar si se hubiese dado similar auge de un PCE en solitario. No hay que olvidar que con estas históricas siglas ya obtuvo mayor número de votos en las segundas elecciones generales. La «resurrección» es, en este caso, desde las cifras de 1982. Y esto, casi inevitablemente, lo que hace pensar es que se ha querido salir de un bache e intentar superar un techo que, a nuestro entender, el voto de «comunismo puro», sin mixtificaciones, tiene establecido en nuestro país mucho antes de 1989. Por aquello del eje de centro-izquierda que seguimos defendiendo, y que no es precisamente Izquierda Unida. Y a ello, por si fuera poco, hay que unir, en los momentos en que se escriben estos párrafos, los cambios que los partidos comunistas están experimentando en las dos Europas. Tema este que nos llevaría a plantearnos muchas preguntas y a adentrarnos en consideraciones muy distintas a las que estas líneas pretenden.

Por lo demás, y con los resultados electorales a la vista, poca mella parece haber causado a Izquierda Unida la competencia de otras fuerzas con siglas claramente comunistas. El voto a estas últimas bien ha podido quedarse en un voto testimonial a las «viejas glorias», entre las que (justo es volver a



recordarlo) figuran nombres a los que el difícil camino de la transición española a la democracia debe no poco.

6.º En las últimas elecciones se ha vuelto a confirmar el peso específico de los regionalismos históricos o tradicionales (PNV y CiU), así como el carácter puramente testimonial de los restantes. No es fácilmente aceptable que el PSOE establezca, aisladamente, pactos duraderos con partidos regionales con uno o dos escaños. Aunque, a buen seguro, no faltarán deseos de que así fuera en estos últimos. De éstos se oirán sus voces, pero poco más.

La excepción, una vez más, la constituye el reflejo a nivel nacional del sub-sistema vasco de partidos. Me refiero, especialmente, a la continuidad, a grandes rasgos, de HB, con ligeras pérdidas. Pero ahí sigue su fiel electorado. Se abre la incógnita, que no será posible cerrar hasta pasado bastante tiempo, de si se diluye, transitoria o definitivamente, su claro matiz inicial anti-sistema por el hecho de aceptar el juego democrático e insertarse *plenamente* en las instituciones. A fin de cuentas, con eso sería suficiente para la estabilidad del sistema. Y no es la primera vez que escribimos que en el tema regional y, más concretamente, en el sosiego o en la acritud-violencia que dicho tema conlleva está, por muchas razones, la clave de la consolidación de nuestro sistema político. Lo de «conllevarlo» como sea, tal como deseara, con resignación, Ortega durante la Segunda República, me parece que choca con la opuesta realidad de los hechos y sentimientos. Por mucho que, en este caso, deseáramos estar equivocados.

7.º Por último, entendemos que en las elecciones de 29 de octubre de 1989 ha vuelto a reafirmarse algo que comienza ya en 1979 y que, como en otro de nuestros trabajos, hemos analizado (véase MANUEL RAMÍREZ: «El sistema de partidos en España tras las elecciones de 1982», en *REP*, Nueva Epoca, núm. 30, noviembre-diciembre 1982), aparece claramente en las elecciones de 1982. Me refiero a la tendencia a la configuración de partidos de electores. Recordemos, de pasada y de acuerdo con lo señalado por diversos autores, que el proceso experimentado por los partidos en el contexto europeo, desde su aparición hasta nuestros días, bien ha podido consistir en el paso de ser partidos de notables a partidos de masas-militantes y de aquí a convertirse en partidos de electores. Ante estos últimos, los electores, lejos de votar por ideologías más o menos elaboradas y vigentes, lo hacen en función de líderes y soluciones propuestas para problemas concretos. Estaríamos en el camino de partidos de todo el mundo o partidos cógelo-todo (*catch-all-party*), tal como los definiera Kirchheimer fletando una denominación luego largamente utilizada.

Si este paso había sido ya claramente dado por el PSOE en 1982 y 1986, lo encontramos de nuevo en 1989. Como lo encontramos en el Partido Po-

pular (su misma denominación apunta ya a ello). Especial consideración merecen los casos del CDS e Izquierda Unida.

En el caso del CDS, por su reciente creación y por la forma en que ésta se produjo (aglutinación de personajes en torno a la lealtad a Adolfo Suárez), acaso estemos todavía ante un partido de notables. Con no muy profunda implantación, sin un claro y específico espacio político al que dirigir el mensaje electoral (espacio ya ocupado por el PSOE en unos casos, por el Partido Popular o incluso por Izquierda Unida en otros) y con ofertas electorales que la realidad ha demostrado poco convincentes. A esta fuerza le ha faltado «modestia política», jugando de entrada, y con tan pocos pertrechos, a ser alternativa de gobierno. Y, por demás, sus ofertas poco se distinguían de las de otros grupos con mayor fuerza. El centro-derecha y el centro-izquierda tenían ya, antes de comenzar la campaña, nombres bien definidos. Y a la izquierda del PSOE era evidente lo que estaba.

Estaba Izquierda Unida, que, a pesar de su impronta comunista, también ha jugado a la caza del voto mucho más que a la oferta ideológica. Esto está en su misma configuración como coalición, de la que ya hemos hablado. Lo que ocurre es que, en este segundo caso, una buena parte del electorado ha seguido viendo al Partido Comunista, con lo que eso sigue suponiendo entre nosotros. Seguimos sin valorar: simplemente es así. Y, posiblemente, para otro sector las ofertas desbordaban el eje centro-izquierda en que se sitúa actualmente nuestra sociedad. Hay que concluir que, en buena parte, muchos de los votos a Izquierda Unida han sido votos de aviso-castigo al PSOE. Para que girase a la izquierda o para que modificase actitudes (la ya citada y manida prepotencia como acusación). Está por ver que el aviso-advertencia surta efectos reales en la política a desarrollar por el partido de nuevo en el gobierno. Ahora nos limitamos a apuntar que también en el caso de Izquierda Unida se ha fletado nuevo líder y se ha caminado hacia la imagen de diluir ideología en la conquista de votantes.

En ningún instante vamos más allá de la mera comprobación de esta tendencia, por lo demás muy útil para cosechar el electorado indeciso. Muy posiblemente, y a medida que avancen las consultas electorales (volvemos a remitir al lector a las experiencias de otras democracias europeas mucho más asentadas), se trate de una evolución con difícil vuelta atrás. Si es que de verdad se quiere agrupar intereses y votos de un muy amplio espectro para llegar al poder. Acaso la tendencia hacia partidos de electores resulte, desde esta perspectiva, sencillamente inevitable. Al menos para las fuerzas de ámbito nacional. La única excepción, en comicios generales (en los autonómicos se repetirían las tendencias en las respectivas Comunidades Autónomas), pueden ser los partidos regionales. En comicios generales, estos últimos han de con-

formarse con mantener la presencia frente al empuje de los partidos nacionales (y soy consciente del uso de los términos regional y nacional que hago, pero es cuestión de principios y de seriedad científica) y jugar luego al bisarismo en el gobierno o en la oposición.

\* \* \*

Estimo que estas breves consideraciones quedarían incompletas si no añadimos alguna final sobre la propia campaña electoral de octubre de 1989.

En su discurso en el Cinema de la Opera, de Madrid, daba Ortega y Gasset el siguiente consejo el 6 de diciembre de 1931:

«No consintáis, hermanos españoles, que domine la vida pública el falso apasionamiento atropellado y pueblerino. El fácil apasionamiento que nos arrebató un instante no ha servido nunca para nada estimable.»

Y a continuación se refería al «apasionamiento frío», agregando:

«La auténtica pasión creadora de historia es un fervor recóndito, tan seguro de sí mismo, tan firme en su designio, que no teme perder calorías por buscar el auxilio de las dos más gélidas que hay en el mundo: la clara reflexión y la firme voluntad.»

Estas palabras del maestro Ortega bien vienen a colación a la hora de esbozar un apunte sobre la última campaña electoral. Porque, a nuestro parecer, comenzada con carácter anodino, lo que paulatinamente fue acompañándola ha tendido mucho a ser definido como atropellado apasionamiento y abierto visceralismo.

Sabiéndose casi desde el comienzo lo que iba a pasar, es cierto, como antes hemos señalado, que ahí han estado ofertas diversas ante problemas concretos. Quizá con excesivo énfasis en algunos de ellos (me refiero al tema del servicio militar, claro), que luego, vistos los resultados, no han merecido el esperado atractivo hacia los grupos políticos que machaconamente en ellos insistían. Han existido ofertas y, en su mayoría, el papel de partidos de electores ha funcionado.

Pero no resulta menos evidente que, por encima y por debajo de dichas ofertas y en un lado y en otro, lo que ha reinado ha sido, sobre todo, la obsesión por pretender que el PSOE no volviera a obtener la mayoría. En esto, salvo, lógicamente, el Partido Socialista y algún pequeño partido que se apre-

suró a dejar claro que ése no era su objetivo, han coincidido izquierda, derecha y centro. Lo más chocante es que también fue el cometido fundamental de Izquierda Unida. Se confundían los papeles y ocurría que dicha coalición desempeñaba uno que, en principio, parecía propio de la derecha. Había que restar votos al PSOE como fuera. Un peligroso *totum revolutum*, en el que lo único que estaba claro era el enemigo común.

Sea cual fuere el origen de este visceralismo político dominante (que de todas las clases ha habido), pienso que el fenómeno resulta disfuncional en política. Y mucho más en la política española, históricamente tan dada a convertir los conflictos ideológicos o políticos en auténticas batallas campales entre vidas e intereses. Sin duda, han faltado argumentos y estudios. Y ha sobrado el *anti* visceral. Pienso que ha sido el rasgo más notorio de esta última campaña, rasgo que no había aparecido hasta ahora en anteriores comicios que estimamos debe desterrarse en el futuro. A una mayoría se la vence y desplaza creando otra mayoría con programas serios y viables. Sobre todo, viables. Si así se hace, las campañas, aunque sumidas en la natural decadencia que los mítines están ya poniendo de manifiesto y que poco suelen lograr el cambio de la orientación del voto, seguirán teniendo utilidad. Y, por supuesto, ganarán en rigor.

Esto último permite poner punto final a este análisis con la pregunta de si, como es moneda común ya en democracias más establecidas, no habrá llegado en nuestro país el momento de replantearse el auténtico valor del mitin y el de su posible notoria combinación con técnicas y métodos de captación más útiles. Ejemplos hay por doquier. Acaso la euforia momentánea del previamente convencido que el mitin despierta sirva únicamente como acto de reafirmación de actitud, pero para poco más. También en la mayor atención que se presten a esas nuevas técnicas estará, sin duda, una nueva nota de modernización de nuestro sistema establecido.